

Julián Ibáñez

La noche se llenó de sirenas



EDITORIAL CUADERNOS DEL LABERINTO

— COLECCIÓN ESTRELLA NEGRA, nº 24 —

SERIE BELLÓN, 12

MADRID • MMXX

Todos los derechos reservados.

Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier procedimiento y el almacenamiento transmisión de la totalidad o parte de su contenido por método alguno, salvo permiso expreso del editor.

De la obra © JULIÁN IBÁÑEZ

De la edición © Cuadernos del Laberinto
www.cuadernosdelaberinto.com

Dirección de la colección: CARLOS AUGUSTO CASAS

Diseño de la colección: Absurda Fábula
www.absurdafabula.com

Fotografía del autor en solapa © Getafe Negro

Primera edición: Noviembre, 2020

I.S.B.N: 978-84-122076-3-7

Depósito legal: M-27658-2020

Impreso en España.



www.cuadernosdelaberinto.com

Solo tenía que recordarles que no habían pagado. Nada de cogernos por las solapas y zarandearlos, nada de arrojarlos por la ventana, solo recordarles que no habían pagado. Al parecer siempre lo habían hecho puntualmente, el primer día del mes, y la cantidad exacta, así que a lo mejor era cosa del banco, o de Correos, y era necesario asegurarse, por eso lo de «solo recordárselo».

Era un encargo de Gestoría 2000 para la que de vez en cuando trabajaba, dos o tres veces al mes, cobro de morosos y cosas por el estilo. El piso estaba en Zarzaquemada, uno de los barrios de Leganés.

El bloque era de ladrillo, de cuatro plantas, con esas terracitas que no sirven para nada y donde ahora no se asomaba nadie porque era pronto. Unos minutos pasadas las nueve.

Aquella mañana no estábamos mal de contaminación, el cielo borrascoso caminaba hacia la lluvia. Delante del número 23 había un jardincito con algo de césped y unas plantas que en primavera tendrían flores, estaba limpio, con un cartel con un perro con la pata levantada tachado con una X roja. Cruzó un viejo con paso de no ir a ninguna parte, se detuvo y se volvió para contemplar dos o tres coches que pasaban.

Apreté el botón del 1ºB y esperé. Pero no me respondió nadie. Apreté otro par de botones y cuando me respondieron dije que venía a cobrar un recibo al 1ºB. Me abrieron.

Ignoré el ascensor y subí al primero. En el rellano había cuatro puertas con su correspondiente letra, la B era la segunda de la derecha. Llamé al timbre. Esperé. Volví a llamar y esperé. No debía de haber nadie aunque era pronto, pero seguramente trabajaban y ya se habían ido.

La puerta era corriente pero tenía dos cerraduras, separadas como un palmo, que me llamaron la atención porque no parecían cerraduras corrientes, además brillaban como si fueran nuevas. Empujé la puerta que no se movió ni un milímetro, aunque parecía una puerta normal, pero no las cerraduras que parecían especiales, cerraduras caras. Me agaché y las estudié. La de arriba tenía grabada la marca, FAC, la otra era FICHET. Me quedé pensativo, contemplándolas. Creo que saqué un poco los labios, luego un poco el morro, como hacía cuando a los veinte años dudaba si dejar escurrir la mano por debajo de su cintura antes de que terminara la pieza.

Empujé la puerta de nuevo, que de nuevo no se movió. Volví a llamar al timbre con la oreja pegada a la madera. Se oía el timbre como si estuviera muy lejos, pero nada más.

Las otras tres puertas, la A, la C y la D eran puertas normales, con una sola cerradura que parecían normales y no brillaban.

Regresé al portal y busqué el buzón del primero B. La tarjetita ponía Aldecoa S.L. Levanté la tapa y metí los dedos, me pareció que estaba vacío. La publicidad asomaba en dos o tres buzones, lo que indicaba que los del 1ºB la recogían todos los

días, y no estaban de viaje. Saqué el sobre del bolsillo y de él la factura. Era para Aldecoa S.L y la dirección era donde me encontraba. 800 pavos, el mes de enero. Estábamos en febrero así que solo se habían retrasado un mes, en realidad solo cinco días. La gestoría no perdonaba.

Tenía que cobrar otra renta en Zarzaquemada, en la calle Pintor Ribera. Las Navidades habían sido hacía poco y la gente se había quedado sin blanca. Demasiados zapatos para hacer picar a los Reyes.

En Pintor Ribera me encontré con lo normal. Me abrió la puerta el zángano de turno que como siempre necesitaba un afeitado, con la chaqueta del pijama abierta y una camiseta no demasiado limpia. Cuando le dije que venía a cobrar el alquiler dejó escapar un ¡joder! como si se hubiera abierto una grieta en el hielo delante de él, dio media vuelta y se perdió al fondo del pasillo, para regresar diez minutos después con las manos llenas de calderilla.

Ya que me encontraba en Zarzaquemada podía pasarme por el Ven Conmigo, el bar de Celia, para ver cómo le iban las cosas, para que me encargara sacar a alguna de las chicas de la cama, o para que volviera por la noche para meter a alguna de las chicas en la cama. Estaba cerrado. Era demasiado pronto, no había nadie limpiando, lo que me extrañó. Parecía muy cerrado, quiero decir que tenía la pinta de que no habían abierto la noche pasada. Celia estaría durmiendo, podía ir a su piso y arroparla, vivía por allí cerca, pero era demasiado pronto para eso, o demasiado tarde.

Regresé al piso de las cerraduras. Nueva subida al primero, nueva llamada al timbre pegando la oreja a la madera. No se oía nada, no había nadie, estarían trabajando.

Estudí las cerraduras de nuevo porque no me encajaban. En la más grande, la de arriba, ponía FAC y en la otra FICHET. Era intrigante tanta cerradura, porque la puerta era corriente, como las otras tres de la planta. Retrocedí un par de pasos y me quedé contemplándola con las manos en las caderas y el cerebro a la caza de alguna idea. De pronto se abrió la puerta del D y apareció una chica, como de unos veintialgo. Me vio e hizo un pequeño gesto de detenerse, pero continuó adelante mientras su cerebro procesaba *tipo desconocido, con pinta de rudo, plantado delante de la puerta del B con las manos en las caderas: posible violador, posible cobrador de facturas, posible arreglatelefonos... ¿Y la caja de herramientas?... Oh, oh, oh...* La chica cerró y, cuando cruzaba a mi espalda para tomar la escalera, me volví y la pregunté:

—¿Sabes cuándo están en casa?

—No —me contestó al instante sin ningún temblor porque el tipo con las manos en las caderas era inofensivo—. No deben de vivir aquí.

La oí bajar la escalera y la puerta del portal cerrándose, entonces retiré las manos de las caderas y bajé al portal.

Aldecoa S.L decía la tarjeta del buzón. Metí la mano de nuevo y no encontré nada. Aquello indicaba que recogían la correspondencia todos los días, aunque no vivieran allí, pero aquella mañana el cartero no debía de haber pasado todavía. Decidí dejarlo y regresar a Móstoles.

El resto de la mañana lo empleé en hacer lo de siempre, en ir de aquí para allá moviendo el aire porque alguien lo tenía que hacer, entrando en un par de bares para mantener un poco de charla buscando el billete que llenaría mi plato.

Encontré algo. Pagar un alquiler a un casero. Era un piso en Divino Tesoro, alquilado por dos chicas del Mambo y otras dos del Girls, cuatro negras. Por lo visto el dueño del piso quería probar un poco de selva sin molestarse en abrir el sobre con el alquiler. La decepción se reflejó en su jeta cuando abrió la puerta y se encontró con un hombre blanco de mirada siciliana. Le tendí el sobre diciéndole que era el alquiler de Divino Tesoro, el tipo lo atrapó y cerró la puerta sin decir nada pensando que le tocaba esperar otro mes.

Por la tarde pasé por el Menta y Canela para ver si había algún recado. Luego, después de las ocho, hice un par de vigilancias, primero en el aparcamiento del Tú y Yo, hasta las diez y luego en el Girls hasta la una, vigilando que las chicas no hicieran pipas dentro de los bugas ni se mancharan la falda con cal, para sacar el par de pavos que me permitiría no volver a pasar de puntillas delante de la puerta de la bruja.

Me habían pedido que me pasara por la gestoría porque quedaban algunos recibos por cobrar. Así que fue lo que hice a la mañana siguiente de aquel jueves de febrero, unos minutos pasadas las nueve. Se trataba de un par de avisos, uno en Fuenlabrada y otro en Zarzaquemada. También me dieron un sobre abierto con el recibo del alquiler del piso de la calle Rioja, al parecer ya habían pagado, sin explicarme si había sido cosa del banco, o si el inquilino se había pasado por allí con los ochocientos pavos, que me limitara a dejar el sobre en el buzón.

El primer aviso en Fuenlabrada era a una notaría, no sabía qué clase de aviso era, tampoco me importaba. Y el de Zarzaquemada para una inmobiliaria, con solo un tío y una tía que debía ser su secretaria, de aspecto muy triste los dos, no me dijeron palabra como si estuvieran esperando la hora del bocata para suicidarse. La inmobiliaria estaba en la calle Huertas, no lejos de la calle Rioja, así que me venía bien para dejar el recibo de Aldecoa S.L en el buzón. Enfilé hacia allí. Faltaban un par de minutos para las once.

Ignoré el buzón, quería entregar el recibo en mano y ver la jeta del tío, o tía, que se gastaba los ahorros en cerraduras de cien pavos. Así que subí al primero y de nuevo llamé al timbre de la puerta B y de nuevo esperé. También pegué la oreja a la madera para oír silencio una vez más. Me separé un par de

pasos de la puerta y coloqué las manos en las caderas como me tocaba hacer siempre que me encontraba delante de aquella puerta. Y de nuevo me acerqué, me incliné y estudié las cerraduras. Y de nuevo me intrigaron: FAC y FICHET. No eran cerraduras corrientes, los llavines tenían que ser bastante más anchos que los llavines normales, casi el doble, con muchos dientes y un par de canales. En realidad no me intrigaban las cerraduras, suponía que en cualquier ferretería de cierto nivel las tendrían, o quizás no, lo que me intrigaba era que estuvieran en aquella puerta, en un piso cualquiera, en un barrio para principaos, con un televisor de plasma y el collar de perlas de imitación de la abuela, lo único de valor para echar al talego. Pero el mercado estaba saturado de televisores de plasma, te los ofrecían por la calle, y por cien pavos podías hacerte con un televisor que no cabía en la habitación.

De nuevo en el portal, iba a introducir el recibo en el buzón pero en el último instante no lo hice. ¿Por qué? No lo sé. Ese tipo de cosas que haces sin pedirle permiso a tu cerebro, y aquella vez porque sabía que me iba a decir que fuera un chico obediente y metiera el recibo en el buzón. Así que no lo metí.

Aquella acción tan simple de mantener los dedos apretados para que el recibo no cayera dentro del buzón, lo cambió todo. En realidad muy bien puedo decir ahora que cambió mi vida, que la hizo mejor, o quizás no, quién sabe.

El pretexto que me puse fue que quería entregar el recibo en mano. Eso era. Entregarlo en mano mirando al tío a los ojos tratado de adivinar la razón de tanta cerradura. Incluso podía

preguntárselo, a ver qué me respondía y, sobre todo, en qué tono. Claro que a lo mejor era una tía. Una tía que podía responderme que temía que tipos como yo la asaltaran por la noche. Pero entonces hubiera sido suficiente un cerrojo. No, las cerraduras eran para dejar la puerta bien cerrada cuando no había nadie en el piso.

El buzón estaba vacío, como la mañana anterior, lo que indicaba que lo habían vaciado quizás por la tarde, porque un par de buzones tenían ahora propaganda. Si no vivían en el piso sí venían todos los días, al menos para abrir el buzón. Y las cerraduras daban a entender que en el piso había algo de mucho valor, o algo que ocultar.

Me vinieron a la mente unas cuantas cosas: un baúl lleno de joyas, de esos que los piratas entierran en la arena de una playa, un laboratorio de mandanga, la hija de un mandamás atada a una silla y amordazada, o un pariente con la baba colgando que no sabían qué hacer con él.

Tenía tiempo, así que decidí vigilar el portal mientras me tomaba una caña. Crucé la calzada y entré en un bar. Ocupé una banqueta en la parte más cercana a la puerta y pedí de beber. Tenía el portal al otro lado de la calle, como a unos cincuenta metros; el problema estaba en reconocer a los tipos del piso, pero me parecía que llamarían mi atención, por la vestimenta, el peinado, el bronceado. No sabía por qué pero me imaginaba abriendo las dos cerraduras a un tipo por los cuarenta, con muy buena pinta, corte de pelo de cincuenta pavos y con un bronceado natural, con un traje a medida de un tono

discreto, zapatos de doscientos pavos y con un fajo en el bolsillo sujeto con una pinza dorada.

Durante una hora entraron y salieron media docena de personas. Eran como el bloque: gente normal, sin un solo tatuaje, de los que usan monedero para la calderilla, esa clase de pringaos que se funden con el decorado, también salió un fulano de unos cuarenta con aspecto de acabar de caerle un rayo, y una vieja con un chucho, que nada más pisar la calle miró a derecha e izquierda buscando una farola, como no la encontró levantó la pata sin más mientras la vieja le hablaba al aire con la mirada perdida; también salió una mujer con el carrito y expresión preocupada. Ningún fulano con rostro de canalla y un puro atornillado a la boca. Me había tomado dos cañas y no quería más cerveza, así que pagué y salí del bar.

Regresé por la tarde para entregar el recibo, seguía queriendo hacerlo en mano. Me estaba obsesionando un poco, me intrigaban aquellas cerraduras en aquella puerta y, sobre todo, en aquel barrio donde no habría mucho que robar; no podía haber muchas puertas blindadas, si es que había alguna, un manguí solo podía llevarse el televisor y algunas toallas y sábanas.

Apreté el botón del timbre una vez más. Y una vez más: nada. De nuevo retrocedí un par de pasos, de nuevo puse las manos en las caderas y de nuevo resoplé.

Bajé al portal. Saqué del bolsillo el sobre con el recibo y lo eché al buzón. Me disponía a salir cuando la puerta se abrió y

entró un fulano. Nos cruzamos, él hizo un saludo breve con la cabeza, volviendo la mirada hacia mí solo unas décimas de segundo, lo justo para comprobar que había alguien ahí, un saludo al que correspondí con un «hola» apresurado porque me había pillado por sorpresa. Llegué a la puerta y puse la mano en la manilla, pero no abrí. Me di cuenta de que había fruncido el ceño. Porque por alguna razón me había parecido que aquel tipo no encajaba con los inquilinos de aquella casa, tampoco con los vecinos del barrio, y no por nada especial, solo eso: aquel fulano no encajaba.

Sus ojos me habían mirado solo unas décimas de segundo, pero me había parecido que no era una mirada normal, no sabría decir por qué, porque esa clase de tipos cuando te cruzas con ellos se limitan a soltar un gruñido sin mirarte, casi sin verte, y éste me había mirado pero se había ahorrado el gruñido. Había sido una mirada catalogándome como si llevara años buscando a su hermano gemelo robado de la cuna. No se había detenido delante de los buzones, había tomado la escalera y había subido los escalones de uno en uno pero bastante rápido. Era de suponer que iba al primer piso.

Iba de traje, con camisa blanca y una corbata corriente, con el nudo flojo y el botón del cuello desabrochado. El traje era gris, corriente, con algunas arrugas, era el traje de todos los días porque algo tienes que llevar puesto, yo diría que era un traje, y el atuendo en general, de batalla. Así que no era un representante, ni un aprietamanos, era un fulano de traje pero al que yo no veía detrás de una mesa de despacho.

De envergadura media, de unos setenta y cinco kilos, tirando a guaperas de cuarenta tacos, que necesitaba un buen afeitado. Uno de esos fulanos con los que sueñan las chicas, el príncipe en el caballo blanco que las saca del bordillo y las compra una lavadora.

Abrí la puerta pero no salí, dejé que se cerrara de nuevo y regresé al pie de la escalera ladeando un poco la cabeza para que mi oreja derecha no dejara escapar ningún sonido. Oí cerrarse la del 1ºB. Estaba casi seguro.

Lo primero que hice fue sacar el sobre con el recibo del buzón pinzándolo con los dedos y luego subí al primero. Me detuve delante de la puerta, no se oía nada al otro lado, levanté la mano y apoyé el pulgar en el botón del timbre, pero no apreté. No, no apreté. Mi pulgar estaba sobre el botón pero era como si las comunicaciones con el cerebro se hubieran cortado. El caso fue que no apreté el botón del timbre. ¿Por qué?

Ni idea. Era como si delante de mí hubiera aparecido una senda nueva, no sabía adónde llevaba, pero no importaba, mi vida consistía en eso, en adentrarme por sendas nuevas con la esperanza de que alguna me llevara al poblado donde me harían rey.

No sé durante cuanto tiempo permanecí delante de la puerta, hasta que oí un pequeño ruido al otro lado, entonces mi cerebro funcionó de nuevo, di media vuelta y regresé a la calle.

Acababa de cruzar una línea, delante tenía lo desconocido, como si en medio de la jungla hubiera dejado el sendero porque ya sabía adónde me llevaba y me había internado por la maleza

plagada de serpientes y plantas venenosas. Pero me atraía, tenía ese sabor especial cuando tu mente deja de funcionar en el vacío.

No me merecía la pena entrar en el bar, podía vigilar el portal desde la acera de enfrente, algo me decía que aquel tipo no tardaría en aparecer, parecía la clase de fulano que no pasa las horas solo en un piso. No debían ser todavía las doce.

Apareció enseguida, tanto que casi me cogió por sorpresa. Al pisar la acera giró a su izquierda y continuó acera adelante. Yo le seguí desde el otro lado de la calzada. Solo durante unos cien metros porque metió la mano en el bolsillo, sacó unas llaves, apuntó hacia adelante y las luces de un buga aparcado al borde de la acera parpadearon. Era un Audi, un Audi de cuarenta billetes. Lo primero que pensé fue que parecía demasiado para un fulano con un corte de pelo casero y que llevaba corbata porque estaba obligado.

Tenía el Renault demasiado lejos para pensar en seguirlo, así que le dejé marchar, limitándome a seguir el Audi con la mirada hasta que desapareció al girar al fondo de la calle.

Regresé al portal y aproveché que una mujer salía para entrar. Subí al primero y me detuve delante de la puerta B. Lo primero que hice fue estudiar las cerraduras, es decir, mirarlas hasta que me dolieron los ojos y tocarlas con las yemas de los dedos una y otra vez. Me incorporé y me quedé contemplando la puerta, con las manos en las caderas y el ceño fruncido, que era lo que mejor sabía hacer. Pero ahora estaba seguro de que al otro lado de aquella puerta había «algo».